

MARÍA CANO

— POR PATRICIA NIETO —



EDICIONES
mens ESCUELA
NACIONAL
SINDICAL



María Cano

Por:
Patricia Nieto

Especial
Primero de Mayo, 2015



ESCUELA NACIONAL SINDICAL

Calle 51 N° 55-78

Tel: 513 31 00

E-mail: fondoeditorial@ens.org.co

www.ens.org.co

Apartado Aéreo 12 175

Medellín, Colombia

2015

ISSN: 1794-9270

María Cano

Por: Patricia Nieto

Este material se puede reproducir total o parcialmente
por cualquier medio, previo permiso de las organizaciones

MARÍA CANO¹

Por: Patricia Nieto

Todavía faltaba un tercio del camino entre Tunja y Ventaquemada cuando María cayó exhausta. Los guardias que la vigilaban durante su destierro y los compañeros de infortunio se abalanzaron sobre ella. El viento frío movía sus cabellos castaños. Una palidez de muerte saturaba su rostro, y gotas de sangre chorreaban sus tobillos en el punto donde las cotizas aporreaban su piel.

Una ruana sirvió de camilla, y los guardias tomaron el lugar de los cargadores. El cuerpo frágil de María Cano se mecía al paso de la marcha y sus compañeros la seguían de cerca, casi tan impotentes como ella. Desfallecidos, andrajosos y hambrientos estuvieron por fin fuera de Boyacá, de donde fueron expulsados por revolucionarios.

Los días anteriores —comenzaba diciembre de 1926— fueron una mezcla de felicidad y amargura, de triunfo y de derrota. Entrar a Boyacá, a una plaza conservadora, fue la mayor afrenta contra el orden, y la prueba más dura para aquel grupo político que sembró las ideas socia-

1. Este texto fue publicado por la ENS, en el año 2007, en el libro *María Cano, 1887-2007*.

listas en Colombia. La plaza de Tunja los recibió alborozada, y tuvieron que pasar varias horas para que quedara vacía de nuevo.

La hora del descanso para los viajeros se convirtió en la del inicio de las hostilidades. Al caer la tarde, la calle del hotel estaba custodiada por fusileros y antes del amanecer el jefe militar de Boyacá les informó que debían dejar aquel municipio. De nada sirvió que evadieran a las autoridades por los desechos: De todos modos los atraparon y los obligaron a caminar hasta sacarlos de Boyacá.

Al llegar a Ventaquemada, a sus 39 años, María Cano tenía el cuerpo menudo, el talle fino, las manos pequeñas, el cabello corto (como ninguna otra mujer en aquella época), la piel perlada y un poco marchita, los ojos castaños y la boca grande. Ya había cambiado sus vestidos florecidos por trajes grises que la hicieron austera, discreta y rígida. Y en aquel estado de desamparo y de incertidumbre, lucía aún más nostálgica, más severa.

No solo cambió sus trajes en menos de un año. Su vida fue tan distinta de allí en adelante, que escandalizó a las mujeres, incomodó a los hombres, exaltó a los obreros y preocupó a un gobierno que vio en María Cano y en sus compañeros del Partido Socialista Revolucionario el germen de la anarquía.

Hasta el 1º de mayo de 1925, cuando la eligieron como la “Flor del Trabajo” en Medellín, María Cano vivió sin apuros, sin preocupaciones, concentrada en su vida de bordados, lecturas y obras de caridad, como tantas otras mujeres de aquella incipiente clase media. Casi nada ni nadie, había perturbado su existencia en una época en que las mujeres estaban destinadas al hogar, sin ningún derecho público.

Sí. Las mujeres tenían maridos, gobernaban sobre sus hogares, escogían los alimentos, atendían a los hijos y obedecían a los hombres, pues así lo consagraron la religión y la ley; incluso algunas escribieron poemas en las tardes de soledad y de ocio. Más aún, si estaban solteras manejaban el dinero, decidían estudiar bordado o canto, una vez terminaban la primaria. Pero sus padres les elegían el novio y aprobaban su marido.

María Cano fue reina de los artesanos a los 38 años cuando ya no era joven ni bella. Los obreros la coronaron por cariño y los líderes socialistas la querían por sus inquietudes literarias y sociales. Una placa metálica en su casa del barrio Villa en Medellín y una rosa de oro en su pecho, fueron los distintivos de su nueva condición.

Aquella rosa le cambiaría su vida para siempre. Su palabra, forjada en las lecturas que le hizo a los obreros, se hizo más grande frente al público de la plaza. El eco de los aplausos la obligó a irse de su ciudad. Salió rumbo a Segovia (200 kilómetros a caballo), donde tendría el primer encuentro con la Federación Obrera de Segovia.

Hasta entonces, María Cano fue una mujer que cambió el estilo de reinar entre los obreros. Teresita Acosta, su antecesora, fue una muchacha bella que acompañó a los artesanos en ferias y procesiones. María Cano, en cambio, organizó una Junta Asesora, ingresó al Comité Central de Defensa de los Presos Sociales, protestó por la pena de muerte, ofició al Concejo para que ayudara a la Casa del Obrero, e inauguró un Centro Cuna en el barrio Santa Ana.

Cuando salió de Medellín, acompañada de su hermano Alfonso—para tranquilidad de la familia—, medio pueblo empezó a criticarla: si ya eran escandalosos sus espectáculos en las plazas, ese viaje, acompañada solo por hombres y para un lugar desconocido, resultaba insultante. La tarde de su llegada a Segovia fue memorable: familias de obreros, campesinos y mineros querían escucharla y que los escuchara. A ellos, dijo, les dejó el corazón, y de ellos aprendió aquel lenguaje proletario que la acompañaría siempre.

La segunda vez que salió de su casa, lo hizo en tren hasta Puerto Berrío, en barco hasta La Dorada, en ferrocarril hasta Honda y Mariquita. En Honda, la recibieron los obreros de las trilladoras de café y, en Mariquita, cientos de obreras quisieron abrazarla. De saludo en saludo llegó a Ibagué, donde promovió la realización del III Congreso Obrero.

Mientras el concejo de esa ciudad le rendía homenaje en un salón de gala, en la plaza, en el patio de la casa y en los pasillos, María Cano escuchaba el murmullo de los manifestantes que estaban por allí con la

intención de verla, aunque fuera desde la distancia.

Cuando le cedieron la palabra lanzó unas cuantas frases encendidas, alzó la copa y la lanzó desde lo alto, y desde la ventana habló con un coraje y una fuerza que no se le conocían aún.

El 20 de noviembre, María Cano llegó a la estación del ferrocarril de Bogotá. En compañía de Ignacio Torres —de quien se separó muy pocas veces en su vida— y de un centenar de personas, caminó hasta el centro de Bogotá. Le pidieron que se presentara ante el Ministro de Gobierno e intentara la liberación de los presos sociales. Ella lo hizo, con un largo discurso y con modales bruscos. Al regresar al Teatro Bogotá, fue coronada como la “Flor de Trabajo” de Colombia, y luego asistió a la creación del Partido Socialista Revolucionario.

Sin regresar a casa, donde la esperaban sus hermanas y medio Medellín, para escuchar de viva voz sus hazañas, emprendió aquel tormentoso viaje por Boyacá, del que regresó maltrecha del cuerpo y adolorida del alma.

De Ventaquemada intentó llegar a Bogotá y recomponer allí su destino. Un destino que fue labrando inconscientemente, cuando aún era una más de las señoritas adelantadas de Medellín, de aquellas que rompían la rutina escribiendo poemas. Cuando María comenzó a visitar la Biblioteca Departamental en 1924, ya había escrito para *Cyrano* y el *Correo Liberal*, pero estaba ausente del movimiento obrero que ya había completado 70 huelgas. Aún ignoraba la precaria vida de los obreros, y aún le era indiferente Betsabé Espinosa, la mujer que lideró la primera huelga en una textilera.

Fueron los obreros (que supieron de ella por azar del destino) quienes le mostraron la otra realidad. María leía con entonación admirable y firme y ellos escuchaban atónitos las novelas de Tolstoi y Balzac, para luego, al final de la tarde, conversar con ella y acompañarla hasta su casa. Fue en esas caminadas por el centro de Medellín cuando María empezó a escuchar las historias que la estremecieron. Supo que en las casas de los obreros había niños enfermos de sarampión, adolescentes rendidos por viruela y mujeres que trabajaban 20 horas diarias en

trilladoras de café, fábricas de botones, jabones, sombreros, escobas, confecciones, tejidos, cigarrillos, fósforos y calzado.

En una de esas tardes fue a un barrio obrero y quiso prolongar la visita, aun entrada la noche. Le fueron tan conmovedoras aquellas vidas sometidas a la precariedad, que luego invitó a un grupo de amigas para tejer vestidos para los recién nacidos. Aquellas escenas también le inspiraron poemas sobre la infancia desvalida. Su actitud caritativa fue bien vista por la sociedad católica, pero sus visitas a los obreros y su liberalidad en el trato con los hombres y mujeres de otra clase social —decían— no eran apropiadas en la hija de una Cano.

María tenía seis años cuando oyó decir que había nacido el 12 de agosto de 1887 en la Plazuela de La Veracruz. Según la libreta de nacimientos que llevaba su padre, Rodolfo Cano, María fue la última de ocho hijos y la quinta entre los que sobrevivieron. Antes de ella, nacieron Alfonso de los Milagros, María Isabel de las Mercedes, María Ramona Antonia de Jesús, Rodolfo Alfonso, María de los Ángeles y Roberto Bienvenido.

Cuando le tocó el turno a María, la bautizaron, como era costumbre, con el nombre de su hermana muerta. De modo que Rodolfo Cano y Amalia Márquez al fin tuvieron una María de los Ángeles. A la iglesia iba pocas veces, pues su familia solo la visitaba para los bautizos, los matrimonios o los funerales. Los Cano guiaban su vida por la imagen de Jesús, pero no le rezaban ni a la virgen ni a los santos, ni le temían al purgatorio ni a Satanás. Eran, eso sí, fervientes invocadores de espíritus y creyentes de la reencarnación.

Pese a la distancia con la iglesia de Medellín, los Cano fueron respetados como intelectuales y reconocidos como liberales. Don Rodolfo Cano, primo de Fidel Cano y su compañero de largas tertulias, se dedicó a enseñar en un colegio laico. De su abnegada profesión obtuvo el respeto que no tuvo con sus apellidos. “De mi padre —escribió María Cano en una corta autobiografía— aprendí la noble entereza, la persistencia, la línea recta, y que el paso firme sigue los ojos del horizonte”.

Así mismo lo recordaba aquella sociedad medellinense que fue in-

capaz de aceptar que a una mujer de apellido Cano anduviera en compañía de obreros y utilizara el eslogan “Flor del Trabajo” para promover el desorden y agitar a las masas.

Bogotá, en cambio, fue generosa con ella cuando la expulsaron de Boyacá. La fría sabana le permitió reposar las rabias y organizar las ideas. De esa serenidad surgió la idea de regresar a Sogamoso. María aceptó la nueva aventura: consiguieron un carro y viajaron a media noche, como simples parroquianos. Presidieron reuniones y asistieron a comidas. El ingenio para regresar a Bogotá fue alucinante: contrataron un camión, le mandaron construir un túnel para esconderse en él y, por encima, el conductor cargó paquetes de alpargatas y gallinas. Llegaron a Bogotá en un feliz amanecer helado.

María Cano sonreía cuando llegaba a esta parte del relato. Recluida en una vieja casa de puertas rojas en el barrio Aranjuez, les relataba anécdotas de su vida pasada a los jóvenes. Jorge Regueras Peralta, en el centenario de su nacimiento, la recordó vencida por la vida, olvidada de todos, pero con su memoria entera aun a los 70 años. María jamás escribió sus memorias, y muy pocas veces compartió aquellos recuerdos, pero cuando lo hizo fue elocuente, lúcida.

Después del viaje clandestino a Sogamoso, por el camino de Puerto Berrío, se fue para Barrancabermeja: el territorio de la *Tropical Oil Company*. Algunas señoras prestantes fueron sus damas de compañía y le ofrecieron una residencia privada, los servicios de un cocinero y un bar lleno de licores. Pero, María Cano no fue a Barranca para ser tratada como una reina, aunque lo fuera. Participó en las reuniones previas a la Segunda Huelga de la *Tropical*, y logró disuadir temporalmente a los líderes. Aquel año (1926), lo despidió con sus amigos de aquel pueblo y, el 1º de enero, regresó a Medellín.

Apenas saludó a sus hermanas María Isabel, María Antonia, la espiritista y María del Carmen —que retocaban fotografías—, le anunciaron el comienzo de la huelga: cuatro mil obreros decidieron realizar un paro al que luego se sumaron los braceros del río y los trabajadores de los pueblos ribereños, logrando sumar siete mil.

Después de lo de Barranca, María se fue al occidente para motivar la Convención Nacional del partido. De paso por Manizales, protagonizó otra de sus célebres escenas: un balcón de la plaza principal fue su tribuna y la actitud de los soldados su pretexto. Aunque quisieron disolver la concentración a tiros, ella los enfrentó con palabras serias:

Hijos de virtuosos campesinos y abnegados obreros, ¿cómo podríais disparar al pecho de vuestros hermanos? Un día entregaréis los fusiles, volveréis al trabajo, y seréis vosotros aquí o en cualquier sitio de Colombia, quienes estaréis unidos, de pie valerosamente, oyendo el mensaje de las ideas que os hará libres.

Este relato llegó a Cali, Popayán, Cartago, El Zarzal y Buenaventura antes que ella. Por eso, cuando arribaba a una ciudad, la multitud se agitaba antes de que ella comenzara a hablar. En El Zarzal sonaron cohetes a su llegada; en Tulúa, la multitud paralizó el tren y, en Popayán, varios asistentes se asfixiaron.

Fue un viaje feliz, porque además del éxito político, María Cano recibió en sus brazos a Eddy Torres, el hijo de Ignacio, a quien amó como si fuera suyo. Con el niño de apenas cuatro años viajó a La Dorada para asistir a la Convención Nacional del Partido Socialista Revolucionario. Fue allí donde la apresaron. Pero fue feliz en esa prisión: Todos los líderes del Partido fueron encerrados en el mismo salón durante una semana; así que pudieron terminar las discusiones y redactar las conclusiones.

Su último viaje de campaña fue largo y accidentado. Comenzó en Puerto Wilches, después de unos maravillosos días en La Gómez y Bucaramanga. Se fue por el río hasta Calamar, y de allí en tren hasta Cartagena en donde vivió más de un mes escribiendo para los periódicos y esperando la hora de partir hacia la zona bananera. En el recorrido por el Magdalena pasó por más de diez pueblos. A su encuentro salieron cientos de obreros a los que María les habló con un tono funesto, y también a los delegados de la Policía y a los de las empresas bananeras que querían evitar concentraciones. De ese recorrido por un país com-

pletamente extraño, María Cano regresó (marzo de 1928) para nunca más salir de casa.

El año 1928 quedó marcado para siempre en la historia de Colombia. El gobierno comenzó una campaña anticomunista encarcelando más de ocho mil dirigentes obreros, entre ellos, Ignacio Torres y María Cano. Cuando le anunciaron su condena a tres años de prisión no pudo contener la risa. Cuatro meses después estaba de nuevo en casa, pero sola y sin poder.

María Cano tenía una voz y una presencia arrebatadoras, pero sin sus compañeros de lucha quedó reducida a su inmensa fragilidad. Permaneció algunos meses más en prisión, pero cuando salió, en 1929, las luchas obreras y el Partido Socialista Revolucionario habían sufrido serios quebrantos. La huelga de las bananeras terminó en una masacre de dos mil personas, y a la dirección del Partido, llegaron los liberales, quienes se encargaron de bloquearles el camino. Ignacio Torres logró acomodarse de nuevo, pero a María le fue imposible: le hicieron falta sus amigos y le sobró cansancio.

Algo como un hastío, por su agitada vida sin recompensas, la redujo a su casa. En alguna época saldría de nuevo, pero solo para trabajar en alguna imprenta o biblioteca. Si alguien quería verla, debía buscarla en su hogar, donde siempre estuvo de recibo. Aunque antes su sala fue recinto de las reuniones del Partido Comunista, ahora solo encontraban a una anfitriona o a una consejera, nunca más a la militante que fue.

En esa reclusión voluntaria se fue volviendo vieja y se fue quedando sola. Mientras en la calle, el nombre de María Cano se usaba para explicar hasta el envenenamiento del agua, ella se entregaba a la lectura y compartía con sus hermanas una vida simple, como cuando niñas.

Maruja, la espiritista, murió antes de Carmencita, que se fue en 1963 cuando ya María era una anciana de 76. El Asilo de las Hermanas de Nuestra Señora de los Desamparados le dio la bienvenida y le ofreció el pabellón femenino, pero ya estaba sola. Se fue a vivir con una sobrina que le prohibió las visitas: ¡A una mujer para la que conversar era más importante que comer! Entonces, se fue para Manrique a vivir

en la casa de Margarita Tejada, otra sobrina, aunque dueña de una fábrica de zapatos.

Allí la vio Alfonso Acosta Restrepo por última vez la tarde de un sábado. “Siquiera viniste —le dijo— cuando tengo necesidad de que me localicés una bóveda en el lado laico del cementerio de San Pedro, donde están mis hermanas y mis padres. Es que me voy a morir”. Tres días después, el 26 de abril de 1967, María Cano murió en la clínica Santa Ana, porque le falló el corazón.

Muy pocos la acompañaron en su último recorrido hacia el cementerio. Aún así, hizo una escala de varias horas en la sede del Partido Liberal. Mientras unos lloraron a una florecita del trabajo que les enseñó a soñar con un país de gentes iguales y felices, otros —pegados a los transistores— lloraron porque “Cochise” era el nuevo líder de las pistas, y les había regalado el sueño de la gloria.

Referencias

- Cano Márquez, María (agosto, 1989). Autobiografía. *Revista de la Escuela*, (9). Escuela Nacional Sindical.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia (1968). *Familia y Cultura en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica, Colcultura.
- Marín T., Iván (1985). *María Cano, el amanecer de la clase obrera*. Bogotá: Biblioteca Sindical Ismac, Serie Conferencias.
- Reyes, Catalina (1996). Vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1940. En *Historia de Medellín*, Tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- Torres Giraldo, Ignacio (1980). *María Cano. Apostolado revolucionario*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Velásquez Toro, Magdala (1989). Condición jurídica y social de la mujer. En: *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV, (pp. 9-61). Bogotá: Planeta.
- Zuleta Ruiz, León (1998). *María Cano y su época. Memorias de su Centenario*, Medellín: Escuela Nacional Sindical.

